

DON QUIJOTE CONTRA LOS SATANASES DEL INFIERNO

Lilián Camacho Morfín

*Profesora del Colegio de Letras Hispánicas, Facultad de Filosofía y
Letras, UNAM.*

licamacho@correo.unam.mx

DON QUIJOTE CONTRA LOS SATANASES DEL INFIERNO

Resumen

Mientras para un sacerdote satanás es el enemigo que puede estar representado por quienes no van a la Iglesia, don Quijote considera que satanás y los malos sacerdotes son lo mismo.

Palabras Clave: Don Quijote, religión, satanás, heterodoxia, sacerdocio.

DON QUIJOTE AGAINST THE SATANASES DEL INFIERNO

Abstract

If a priest could think satan is an enemy who never go to the church, don Quijote think satan and bad priest are the same.

Keywords: Don Quijote, religion, satan, heterodox, priesthood.

INTRODUCCIÓN

Si pretendemos estudiar la forma como don Quijote lucha en contra de los seres del averno, iniciemos este texto con una pregunta que posteriormente formularemos al protagonista del *Quijote*: ¿Quién es Satanás?

En líneas generales saber qué significa tal palabra no es cosa difícil, si nos atenemos a la definición que nos proporcionan los diccionarios: "Satanás. s.m. Nombre que comúnmente significa el adversario común o el Demonio; aunque en su rigurosa significación vale lo mismo que Contradictor o Adversario".¹ el problema radica en establecer a quién designamos con dicho nombre. La identidad de tal personaje dependerá del que formule la respuesta, de su contexto histórico y de los intereses que busque defender; por ejemplo, en un libro escrito durante la guerra fría, *Presencia de Satán en el mundo moderno*, Monseñor Cristiani, tras indagar a lo largo de la historia la aparición del Adversario, dedica un capítulo a la comparecencia de éste en nuestros días, y opina que: "La forma más reciente del satanismo es el marxismo ateo".²

Es claro que un sacerdote que se ostente como fiel guardián de la propiedad privada, puede considerar satánico todo aquello que atente contra sus principios. Satán para este miembro de la Iglesia representaría entonces aquella fuerza social contra la que se debe luchar y a quien se debe derrotar, porque es lo opuesto a los intereses que defiende. ¿Don Quijote compartiría tal punto de vista?

LA RELIGIOSIDAD EN EL QUIJOTE

¿Quién es satanás en el *Quijote*? Para responder debemos echar un vistazo a toda la tinta que ha corrido con el fin de disertar sobre la religiosidad del famoso caballero de La Mancha y, por ende, la de su autor. Iniciemos con la pregunta ¿Qué tipo de religiosidad manifiesta el protagonista de la novela que nos ocupa?

Los críticos que responderían, en líneas generales, pueden agruparse según dos posturas, la primera de las cuales nos presenta un don Quijote anticlerical o apartado de la religiosidad imperante, tal como sostienen, con diversos matices (y tan solo por ejemplificar con unos cuantos nombres) Américo Castro, Vicente Gaos, Helmut Hatzfeld, Lúdivik Osterc, entre otros muchos.

Algunos de estos autores ven la práctica religiosa del caballero como un ejemplo de la libertad frente a la intolerancia postridentina; en cambio otros juzgan perverso a don Quijote, tal como parecería sostener Hatzfeld, quien en el artículo "¿Don Quijote asceta?", con explicaciones muy cuestionables, expone que, si bien la descripción física del caballero nos llevaría a confundirlo con un verdadero asceta, el hidalgo no lo es, ya que "no hace nada para reprimir sus más peligrosas inclinaciones, su irascibilidad, su orgullo, su disgusto de las mortificaciones, abstinencias y sufrimientos, su concupiscencia siempre al acecho, su curiosidad egocéntrica por el mundo y su gran temor de perder la vida".³ Este crítico analiza al personaje cervantino para demostrar que comete uno a uno los siete pecados capitales; en síntesis, poco le falta para identificar en el manchego al mismísimo Satanás.

¹ *Diccionario de Autoridades*.

² Cristiani, *Presencia de Satán en el mundo moderno*, p. 182.

³ Helmut Hatzfeld, "¿Don Quijote asceta?", p. 60.

Sin concordar con este autor juzgamos interesantes sus citas del texto cervantino, pues rescatan todos los aspectos humanos del caballero; de tal modo que podríamos señalar dos aciertos de Hatzfeld; el primero radica en considerar que “en teoría don Quijote procura, con recetas propias, sobrepujar el ascetismo religioso que, para cualquier español del siglo de oro, representa el más alto nivel de moralidad sobre bases espirituales”.⁴

El segundo aspecto que merecería rescatarse parcialmente radica en considerar al protagonista como: “un paradigma de humanistas y alumbrados, los cuales coinciden en un punto en sus tendencias, por lo demás muy dispares: en que tratan de cambiar el ideal cristiano teocéntrico por un conocimiento o emoción antropocéntricos.”⁵

El ideal religioso de don Quijote no es teocéntrico ya que el caballero no parte de un precepto divino para elegir su profesión, ni espera ver reconocidas por Dios sus virtudes y sus hazañas, y si bien no encarna exactamente un paradigma de humanistas y alumbrados, sí se revela como portavoz de muchos de los ideales humanistas del siglo XVI.

La segunda postura que mencionábamos en un inicio se presenta también con infinidad de matices; algunos estudiosos nos proporcionan un don Quijote respetuoso de la institución católica y sus representantes; por ejemplo, Salvador Muñoz⁶ considera al caballero como portavoz del ascetismo, Amado Alonso matiza tal aserto en “Don Quijote no asceta, pero ejemplar caballero y cristiano” ensayo donde refuta el artículo de Hatzfeld; empero nos parece que la estructura de su argumentación presenta el mismo error de su contrincante, pues sustenta que el ideal del Hidalgo corresponde al de los jesuitas, punto con el que discordamos, ya que el cristianismo de don Quijote es muy distinto al de San Ignacio, ya que el Manchego insigne, pudiendo pensar en servir a la religión, piensa servir primero a su república, por lo cual su caballería no se dirige *ad majorem Dei gloriam*⁷, sino *ad majorem hominis gloriam*.⁸

Un artículo que resulta sumamente inspirador para el tema que nos ocupa es el titulado “Instituciones y costumbres eclesiásticas en Cervantes”, en él Celso Bañeza expone la idea de que Cervantes era un cristiano practicante, respetuoso de la institución religiosa, por lo cual contradice a Américo Castro y a Vicente Gaos, quienes opinan que Cervantes distaba mucho de ser católico en una forma tradicional.

Bañeza juzga que Cervantes queda libre de toda sospecha de anticlericalismo, ya que “anota, por su parte, muchas de las ceremonias litúrgicas sin criticarlas”,⁸ así que sus ataques al clero serían tan sólo aparentes “y en los pocos relatos en que existe, se dirige a los vicios, pecados o prepotencia del clero y no a la sagrada institución del sacerdocio, a la que respeta y cuya dignidad reconoce.”⁹

Una de las pruebas que Bañeza presenta para demostrar el aserto anterior y contradecir, por tanto, a sus oponentes, está en el capítulo diecinueve de la parte primera, donde don Quijote asevera, luego de haber atacado a los religiosos, que no creía ofender a sacerdotes. Aquí nosotros nos preguntamos, ¿A quién creía ofender el caballero de La Mancha? Nada más y nada menos que al mismísimo Satán... pero ¿Quién encarna este adversario?

⁴ Ibid, p. 69.

⁵ H. Hatzfeld, Op.cit., p. 69.

⁶ S. Muñoz, Op.cit., p. 281 y ss.

⁷ Para mayor gloria de Dios.

⁸ Para mayor gloria de los hombres.

⁹ C. Bañeza, “Instituciones y costumbres eclesiásticas en Cervantes”, en *Anales cervantinos*, p. 74.

¹⁰ Ibid, p.84 (El subrayado es nuestro).

SATANÁS EN EL QUIJOTE

En la primera parte de la obra magna cervantina, en tres ocasiones don Quijote se enfrenta al clero, al cual considera representante de lo satánico; la primera vez que lo encara es en el capítulo octavo de la parte primera, cuando don Quijote encuentra en el camino: "dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que no eran más pequeñas dos mulas en que venían". En cuanto los ve los califica como bultos: "porque aquellos bultos negros que allí parecen [...]".

El término "bulto" alude tanto a la figura que no se distingue (inmediatamente que don Quijote los nombra de tal modo, Sancho corrige para aclarar que son frailes de San Benito), como a su corpulencia. Reciben, además, una segunda designación: "deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche".

Son "gente perdida y endiablada"¹¹ tal como reformula el mismo caballero al apostrofarlos, lo cual se sustenta (para la óptica de don Quijote) en la mala acción que realizan: secuestrar a una doncella. Para Vicente Gaos:

Este pasaje muestra claramente el comportamiento de DQ ante la realidad. El primer rasgo es la precipitación: *apenas los divisó*, cuando dictamina que los frailes son unos *encantadores*. El segundo rasgo es el dogmatismo [...] DQ salta de la presunción a la conclusión. Unos *bultos negros* no pueden ser unos *encantadores*, ya que éstos no existen realmente, pero no es forzoso que sean unos frailes. Podrían ser otra cosa [...].¹²

En este punto no concordamos con tal crítico. Los frailes podrían ser otra cosa, pero no lo son porque don Quijote no quiso que lo fueran, ya que las características primitivas de los religiosos y las obligaciones que su voto de pobreza les imponía, no correspondían a la magnificencia de estos miembros del clero, quienes encantaban¹³ al pueblo, como en su momento llegó a presentarlo Erasmo en algunos de sus *Coloquios*.

En este episodio, preguntamos por segunda vez, ¿A quién cree ofender don Quijote?, ¿A sacerdotes o a bultos? ¿Verdaderamente en este episodio el caballero trastoca la realidad?

Entre los siglos XVI y XVII, cuando España se había convertido en baluarte de la Contrarreforma, y los únicos caminos para prosperar eran los sintetizados en el dicho "Iglesia, mar o casa real", abundaban los hombres carentes de vocación que se hacían sacerdotes, y con tal nombramiento obtenían un beneficio particular ajeno al aspecto espiritual que debían promover (por ejemplo, la venta de indulgencias y de bulas, como podemos comprobarlo con un ejemplo tomado del Tratado quinto del Lazarillo, titulado "Cómo Lázaro se asentó con un Buldero, y de las cosas que con él pasó", donde el clérigo que predica las bulas de la Cruzada acuerda con un alguacil engañar al pueblo que se negaba a tomar la Bula). Los frailes del episodio al cual aludimos son bultos negros por que en la mente del caballero quienes profesaban el cristianismo y no cumplían sus normas mínimas, bien podían ser objetos (y no personas) difícilmente distinguibles;¹⁴ y ser, al mismo tiempo, encantadores y gente endiablada que maleficia a su conveniencia la realidad.

¹¹ Covarrubias, *Tesoro de la lengua Castellana o española*.

¹² Nota 136 a su edición del *Quijote*, p. 176.

¹³ "Encantar. v.a. Executar alguna cosa preternatura, valiéndose por lo regular illicitamente de palabras ú de otras cosas juntamente con las palabras, para fingir como real y verdadero lo que no es, ni hai, ó para maleficar y hacer otras semejantes maldades", en *Dicc. de Autoridades*.

¹⁴ En este concepto percibimos claramente la influencia de Erasmo.

A menudo se ha dicho que confundir seres humanos con bultos y cosas diabólicas, se debe a la enajenación del Caballero y a su incapacidad para reconocer la realidad y aprender de ella; empero consideramos que la locura de don Quijote no consiste en querer desdeñar la experiencia (otros personajes, sin ser locos como el Manchego -por ejemplo, los pretendientes de Marcela¹⁵- también la desdeñarán), sino en el modo distinto como aprecia la realidad: en forma metafórica para descubrirla tal como se presenta. Los frailes que ostentan su riqueza (recuérdese que el narrador describe el tamaño de las mulas que semejan dromedarios y el volumen de sus alforjas), no se encuentran ligados al Dios cristiano ni a su moral, sino a las cosas terrenales.

Los términos empleados por el caballero de la Mancha para aludir a los frailes Benitos¹⁶ no corresponden sólo al estado de alucinación del personaje, sino a un punto de vista crítico, según el cual éstos, más que religiosos, son al mismo tiempo seres satánicos, despreciables. Cabría tachar la explicación de arbitraria si no tomáramos en cuenta la autoridad social e ideológica del clero, y las críticas que en forma velada se realizan a partir de las cualidades de las cabalgaduras de éstos, cuya estatura (y presumiblemente fuerza) es tal que merece compararse con el tamaño de dromedarios o castillos.

El segundo episodio donde se ataca a los representantes de la Iglesia es el capítulo diecinueve, el cual Bañeza emplea para fundamentar que don Quijote jamás pensó ofender a sacerdotes; entonces, ¿A quién ofende?, preguntamos por tercera vez.

En esta aventura lo primero que divisa la pareja andantesca es una "gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían" (I,19), suceso que aterra a ambos personajes, pues juzgan la aparición como cosa del otro mundo. Don Quijote considera que será una aventura "grandísima y peligrosísima", mientras Sancho sospecha que deberán enfrentarse con fantasmas y teme que don Quijote puede ser encantado por éstos.

A diferencia de la aventura anterior, en la cual Sancho identifica a los frailes Benitos, y don Quijote los designa de otro modo, en ésta no se trastoca la realidad: se le nombra de un modo directo, con palabras que recuperan su significado original, se trata de una procesión de sacerdotes (unos vestidos de blanco, otros enlutados) que sosegadamente, "murmurando entre sí, con una voz baja y compasiva" traslada un cuerpo muerto de Baeza a Segovia.

En esta ocasión salen a relucir diversos términos para referirse a ellos, el primero de los cuales corre a cargo del narrador quien, adoptando el punto de vista de los andantes, los nombra "encamisados", término que aquí tendría tres significados: el primero, referido a los que sobre el vestido traen puesta la camisa,¹⁷ el segundo alude a los militares que cubrían sus armas con una camisa para realizar asaltos nocturnos, y la tercera acepción, que encubre un punto de vista crítico remite a los participantes de: "[...] cierta fiesta, que se hacía de noche con hachas por la Ciudad, en señal de regocijo, yendo a caballo, sin haver hecho prevención de libreas, ni llevar orden de máscara, por haverse dispuesto repentinamente, para no dilatar la demostración pública y celebración de la felicidad sucedida."¹⁸

¹⁵ La doncella que ama la libertad y rechaza cualquier vínculo amoroso, a pesar de las importunaciones de cuantos enamorados se le presentan (I,12 y 13).

¹⁶ Bultos negros, encantadores, gente endiablada y descomunal, fementida canalla y robadores.

¹⁷ Esta primera acepción aparece en el *Diccionario de Autoridades*.

¹⁸ *Diccionario de Autoridades*.

La procesión encaja perfectamente con este significado, por las hachas que llevan y el ir montados a caballo, con lo cual nuevamente se plasma de modo incontrovertible el sello erasmiano del autor, ya que critica estas procesiones nocturnas por juzgarlas poco devotas.

En la aventura del barco encantado, ocurrida en el capítulo veintinueve de la segunda parte, al aludir a los molineros que dan grandes voces para advertir a los andantes del peligro que corren, don Quijote caracteriza a éstos de modo similar a como lo ha hecho con los sacerdotes del capítulo diecinueve y emplea contra ellos insultos semejantes a los que en el octavo había aplicado contra los frailes benitos: "canalla malvada [...] dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida [...]". El paralelismo existente entre estos episodios nos hace considerar que Don Quijote equipara la vestimenta enharinada de los trabajadores con la de los frailes, con lo cual nuevamente subyace en la mente del caballero el *Monacatus non est pietas*,¹⁹ o en otras palabras "El hábito no hace al monje", que caracteriza el pensamiento de Erasmo.

En el capítulo diecinueve, Don Quijote considera que no es común ver esa "estraña visión, a tales horas y en tal despoblado", por lo cual piensa que se encuentra ante una aventura caballeresca y detiene a la procesión para preguntar si sucede algo que él pudiera remediar. Ante la descortés respuesta de uno de los sacerdotes, don Quijote los ataca, y en este punto se corrobora el tercer significado de la voz "encamisados", quienes, como eran "gente medrosa y sin armas": comenzaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren [...] (I,19).

Una vez que identifica a los personajes contra quienes ha arremetido, don Quijote es explícito al enlistar los factores que propiciaron su confusión:

el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, *rezando*, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre (I,19)²⁰.

En apariencia don Quijote reconoce su error, ¿Pero en verdad lo acepta? Las palabras del caballero son muy claras: pensó que eran satanases del infierno, cosas malas y del otro mundo, por la forma como iban vestidos y las actividades que realizaban, no declara haber visto otra cosa (a diferencia del capítulo octavo). El manchego ataca a sacerdotes, porque los demonios no rezan, y, en este episodio, siempre estuvo consciente de lo que realizaba.

Como hemos visto, aparecen dos términos para referirse a esta procesión de sacerdotes: "encamisados" (en el sentido de participantes en una fiesta) y "diablos" (cosa mala y del otro mundo y satanases del infierno), las dos denominaciones revelan cuán poco respeto merecían todas esas ceremonias de culto externo, las cuales más que promover una religión donde imperara la devoción y el recogimiento, llevaban el respeto a un culto ridículo mediante el terror (como sucedía gracias a instituciones como la Santa Inquisición).

¹⁹ La vida de los monjes no es la vida piadosa (o su equivalente en español: el hábito no hace al monje).

²⁰ El subrayado es nuestro.

Después de este ataque, el bachiller, Alonso López de Alcobendas le advierte : "Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *justa illud : Si quis suadente diabolo*,²¹ etcétera (I,19)."

Don Quijote lleno de orgullo reafirma sus actos explicando que no consideró ofender "a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia", sino "a fantasmas y a vestiglos del otro mundo". En este episodio citado se critican las procesiones nocturnas que se realizaban durante el reinado de Felipe II, las cuales parecían estar dedicadas, como queda dicho, a promover el temor de los creyentes.

CONCLUSIONES

Como hemos visto, don Quijote sí se enfrenta a Satanás, pero su contrincante no es el mismo enemigo de los miembros de la Iglesia, tal como parece subrayar el último capítulo de la primera parte de la novela, cuando arremete contra una procesión de disciplinantes diciéndoles: "Vosotros, que quizá no por ser buenos os encubris los rostros [...]" (I,52), frase que explica este nuevo ataque contra estos personajes que se ocultan. Para don Quijote quienes se cubren los rostros actúan mal; y como los religiosos no se muestran como son, se trata de gente de mal proceder, opinión subrayada por el modo como los califica el caballero ("follones y descomedidos mandrines" I,52).

Por lo aducido, en apariencia podría considerarse bendito lo relacionado con la Iglesia, y satánico lo que se aparte de ella; sin embargo hemos constatado que en el Quijote el protagonista invertirá tal consideración: Don Quijote de la Mancha también se enfrenta a Satán durante sus viajes a lo largo de España, pero éste (como es lógico), no está representando por ningún marxista, erasmista, luterano o hereje (puesto que estos tres últimos encarnaban al Contradictor en aquel entonces), sino curiosamente, por los personajes que deberían luchar contra la presencia de lo infernal en el mundo, es decir, los miembros de la Iglesia.

A diferencia de otros colegas suyos, los caballeros andantes, que luchan contra gigantes, dragones, malos caballeros y encantadores cuyos poderes se ligan con lo demoniaco, pero que sólo corresponden a las ficciones de un género literario, don Quijote deliberadamente se enfrenta a habitantes del infierno que todavía en nuestros días pudieran pulular en el mundo. Si entendemos la voz "Satanás" en su sentido etimológico veremos cómo se comprueba que para don Quijote, es el enemigo por excelencia representado por un clero inmoral contra quien se debe luchar, aunque se le muestre en actos, en apariencia, piadosos y rece en voz baja.²²

BIBLIOGRAFÍA

Directa

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 3 vols. ed. de Vicente Gaos, Madrid, Gredos, 1987.

De apoyo

ABELLÁN, José Luis, *El erasmismo español*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1982.

AMEZCUA, José de, *Libros de caballerías hispánicas. Estudio, antología y argumentos*, Madrid, ed. Alcalá, 1973, (Aula Magna 26).

²¹Palabras usuales en los edictos de excomunión: Si quien ha sido inducido por el demonio...

²² Este análisis se basa en el libro *Las armas de don Quijote*, escrito por la autora de esta ponencia. La investigación se realizó con el apoyo económico de una beca otorgada por la UNAM.

ARCO Y GARAY, Ricardo del, *La sociedad española en las obras de Cervantes*, Madrid, 1951 Madrid, Publicación del Patronato del IV centenario del nacimiento de Cervantes, 1951, 785 pp.

BAÑEZA ROMÁN, Celso, "Instituciones y costumbres eclesiásticas en Cervantes", en *Anales cervantinos*, dir. Alberto Sánchez, tomo XXIX, Madrid, CSIC, 1991, pp. 73-91.

BATAILLON, MARCEL, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Trad. Antonio Alatorre, 2a. ed, México, FCE, 1966., 921 pp.

BLANCO AGUINAGA, Carlos, *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, v.I, Madrid, ed. Castalia, 1979.

CAMACHO MORFÍN, Lilián, *Las armas de don Quijote*, México, Ediciones Taller abierto, 2002.

CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Ed.Crítica, 1982.

COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua Castellana o Española*, 3a ed. de Martín de Riquer, Barcelona, Biblioteca Alta Fulla, 1993.

CRISTIANI, Monseñor, *Presencia de Satán en el mundo moderno*, trad. Martha Acosta van Praet, Buenos Aires, ed. Peuser, 1962.

DÜLMEN, Richard Van, *Los inicios de la Europa Moderna, 1550-1648*, 5a.ed, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, (Historia Universal Siglo XXI, 24).

OSTERC, Lúdivik, *El pensamiento social y político del Quijote*, 3a. ed., México, UNAM, 1988, 370 pp.

Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*, Edición facs. de la de 1726 en 3 vols, Madrid, Gredos, 1990.

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 19a. ed, 6 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1970.

Sagrada Biblia y Diccionario católico, ed. de Juan Staubinger, Chicago, La prensa católica, 1958.